

100

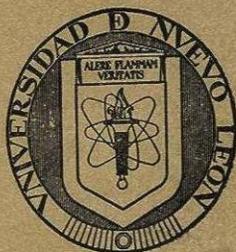
HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



*Carilla Argentina
Biblioteca Universitaria*

9



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1968

t. XXXIX (no. 43); GUSTAVO OPAZO M., *Lo que costaba un viaje a Madrid en el siglo XVIII*, *Ibid.*, t. LIV (no. 58) y J/ULIO / G/UILLÉN /, *Pasaje a Buenos Aires en 1722*, en *Revista de Indias*. Madrid, 1940, año I, no. 1. como reconstrucción de cómo se vivía a bordo de las naves en la travesía del océano, nadie ha igualado las páginas, que Graussac insertó en *Mendoza F. Garay*, capítulo V, *la vida en la Carabela*.

MOROS Y CRISTIANOS EN TEXAS

Desfiles, Corridas de Toros y Salvas de Artillería
anuncian la Ascensión de un nuevo Monarca Español

DR. MALCOLM D. McLEAN
Texas Christian University
Fort Worth, Texas

“¡EL REY HA MUERTO. VIVA EL REY!” es un grito que se ha oído muchas veces en los países europeos, pero es posible que muchos de los lectores no estén informados, que esta exclamación —una mezcla de pesar por el monarca desaparecido y regocijo por el nuevo gobernante— también resonó en la adormecida frontera de Texas hace varios siglos.

Por ejemplo, el 25 de mayo de 1747, todos los soldados acantonados en el puesto fronterizo texano de Los Adaes fueron reunidos al redoble del tambor y se les informó que el rey Felipe V de España había muerto, un acontecimiento de primerísima importancia para ellos, pues todas las poblaciones que entonces existían en Texas habían sido fundadas durante el reinado de Felipe V (1700-1746) y por lo tanto los texanos de entonces eran súbditos españoles. De hecho, el rey había muerto desde el 9 de julio de 1746, pero la noticia había tardado diez meses en llegar a la provincia española de Texas.

Por lo tanto, en honor de la muerte del rey, el gobernador García Larios tan pronto como recibió y leyó la proclamación oficial, se puso de pie, besó el documento y lo colocó sobre su cabeza, como símbolo de que lo acataría. Luego envió despachos a San Antonio y La Bahía, los únicos otros fuertes y poblaciones de Texas, para que pudieran efectuar ceremonias oficiales de duelo por el monarca desaparecido.

En los Adaes, la guarnición del presidio marchó en formación por las calles y alrededor de la población al redoble del tambor de guerra mientras todas las campanas tocaban. Entonces, en presencia de los soldados y habitantes de la comunidad reunidos “y teniendo la iglesia dispuesta siguiendo

dicha doble a proporción del caso, en cuanto permite su extensión, el túmulo cubierto y en él, corona, cetro, caja de guerra enlutada y todas las demás insignias reales y de armas, ardiendo en él cien velas de cera, se celebraron las exequias, honras y misa cantada, con la mayor seriedad, pausa, aparato y decencia correspondiente, que este profundo y corto país permite”.

Cuatro meses más tarde, después de un período conveniente de duelo, los soldados, pobladores y transeúntes en Los Adaes se reunieron nuevamente, en esta ocasión, para escuchar la lectura de una cédula proclamando a Fernando VI como nuevo rey de España. Reconocieron al nuevo soberano como su legítimo rey y señor y le juraron lealtad, en medio de manifestaciones generales de regocijo. Al día siguiente, los soldados en un grupo y los pobladores en otro, marcharon a través de la puerta principal y alrededor de la población, siguiendo cada grupo una dirección opuesta y haciendo una manifestación pública de la coronación del nuevo rey. Durante todo este tiempo, nos dice el cronista oficial, la artillería estuvo haciendo fuego repetidamente y “de tal manera que fuera perceptible a todos”.

Cuando la noticia de la muerte del rey se recibió en La Bahía, el capitán ordenó inmediatamente, que se observara un período de duelo en el presidio y en la misión del Espíritu Santo, pero decidió que se pospusieran otras demostraciones, pues no había población civil en el presidio y la mayoría de los soldados estaban ausentes. Sin embargo, en la misión vivían dos tribus de indios, los jaranames y los tamiques, por lo tanto, se les pidió a los padres misioneros, que hicieran que estos indios encomendaran en sus oraciones el alma de su monarca católico difunto.

Pero, para febrero de 1748, la mayoría de los soldados habían regresado a La Bahía, efectuándose las exequias simbólicas con cincuenta velas encendidas en el túmulo y el altar. Posteriormente, cuando los residentes juraron lealtad al nuevo rey, estaban tan felices, que todo lo que se pudo oír durante dos horas fue: ¡“Viva Fernando VI! ¡Viva el rey!” Entonces, el capitán Orobio Bazterra les dio permiso para continuar su celebración los tres días siguientes “con saraos, músicas y otras diversiones, que se les tenían unas totalmente vedadas”.

En una de las tardes posteriores, la gente se reunió de nuevo, marchó alrededor de la plaza y entró a la iglesia, en donde los padres entonaron el cántico de acción de gracias “con estruendo de campanas y artillería”. Entonces se reinició la procesión, con descargas repetidas de las armas de fuego y gritos de aclamación.

El capitán, al concluir su informe oficial sobre las ceremonias, expresaba su pesar, que debido a la urgencia de otros deberes, había sido necesario posponer los torneos y tres días de corridas de toros, que se habían planeado originalmente como parte de la celebración.

Las ceremonias que tuvieron lugar en San Fernando, que era la capital de “la provincia de Texas y Nueva Filipinas”, fueron más formales. El edicto real anunciando la muerte del rey fue leído frente al ayuntamiento, y este organismo decretó, que todas las personas que residían en ese presidio o villa llevaran luto por seis meses. Como tributo al nuevo rey, se les ordenó a los habitantes ostentar en sus casas luces festivas durante las tres noches sucesivas.

La parte más vistosa de la celebración fue, sin embargo, una batalla simulada entre “moros y cristianos”. Esta forma de diversión se había originado en España para celebrar la victoria de los españoles sobre los moros. Estos habían invadido España desde el Africa el año de 711 y se quedaron durante ocho siglos hasta que fueron finalmente desalojados el año de 1492. Para celebrar esta victoria de la religión católica o “cristiana” sobre el paganismo, los españoles perpetuaron el recuerdo de aquella memorable ocasión representando batallas simuladas cada año. Le parecerá raro al lector encontrar a los “moros”, todavía luchando en Texas mil años después de que originalmente invadieron la Península Ibérica, pero así era.

En esta versión de “moros y cristianos” hubo, a las tres de la tarde, un vistoso desfile desde el Palacio de Gobierno hasta la iglesia. Adelante iban las tropas del presidio seguidas por el gobernador con el alférez portando a la derecha los colores reales, acompañado por el capitán del presidio y los miembros del ayuntamiento. Detrás de éstos iba la compañía de “moros” con su gran turco, capitán, abanderado y sargento. En seguida venían los “cristianos” con su capitán, teniente abanderado, sargento y su gran maestro al mando de todos. Los detalles con respecto al vestuario, se omiten del informe oficial, pero el lector puede imaginarse la rara impresión que deben haber producido los “moros”, sobre todo con los adornos del gran turco.

Cuando llegaron a la iglesia el sacerdote les administró el agua bendita. El portaestandarte real se arrodilló en el presbiterio sobre un cojín especial, mientras el sacerdote bendecía los colores reales, después de lo cual se formó la procesión y el sacerdote la acompañó hasta la puerta del cementerio. Desde allí el grupo marchó por las calles del pueblo, en medio de gritos de ¡“Viva el rey nuestro señor!”; así como el estruendoso descargue de mosquetes y cañones.

La procesión terminó en el centro de la plaza, en donde se había instalado un elaborado castillo de cuatro pisos. El portaestandarte colocó los colores reales en el punto más alto del castillo, rodeado de guardias y al pie de la estructura se pusieron cuatro centinelas a caballo, con sus espadas en la mano. Posteriormente, el gobernador se retiró a su palacio, acompañado por toda la comitiva y la compañía de “moros” entró en acción, tomando parte en muchas escaramuzas en la plaza.

Estas escaramuzas continuaron, a intervalos, por un semana, pero tanto a gentiles como a cristianos les fue posible disponer de tiempo, en cinco de estos días para ver las corridas de toros, deporte introducido a España por los moros y traído a Texas por los españoles. En el último día de las escaramuzas, el combate se llevó a cabo "con todo el esplendor posible" y cuando terminó se formó en la plaza una magnífica procesión, encaminándose luego a la iglesia, llevando a todos los "moros" prisioneros y portando la imagen de San Fernando, el santo patrón de la población. Se cantó una misa de acción de gracias y se dejó a San Fernando "en su iglesia" (punto que se enfatiza en el informe oficial, ya que el nuevo rey también se llamaba Fernando), después de lo cual el grupo escoltó al gobernador de regreso a su palacio y continuó alrededor de la plaza con los prisioneros moros.

A las tres de la tarde se representó una comedia a la cual asistieron todos. (Esta mención de la representación de una obra de teatro en Texas hace dos siglos, destaca otro hecho poco conocido; esto es, que el teatro en Texas tuvo sus principios en lengua española y no en inglés).

Al terminar la representación, la artillería en formación cerrada hizo tres resonantes descargas, marcando, con esto, el fin de las ceremonias en que los pobladores pioneros de Texas juraron lealtad a su majestad Fernando VI, el nuevo rey de España.

(Este artículo está basado en los "*Bexar Archives Translations*" de Helen Mar Hunnicutt, volumen 17, copia en máquina en la biblioteca de la Universidad de Texas, Austin).

Traducido por Isidro Vizcaya Canales
Instituto Tecnológico de Monterrey

LA REVOLUCION RUSA DE OCTUBRE DE 1917

PROF. DR. HEINZ OTTO SIEBURG
Catedrático de Historia Contemporánea
en la Universidad de Saarbrücken

HAY EN LA VIDA de los pueblos crisis de conciencia cruciales que promueven cambios profundos en la existencia de estas naciones, en toda su actitud ante el mundo y en sus propósitos de influir en la Historia. Tales transformaciones decisivas, de naturaleza espiritual y material, liberan a esos pueblos de la sujeción a aquellas autoridades que, en siglos de despliegue histórico de su genio nacional, han creado fuerzas políticas, sociales y religiosas, y los hacen emanciparse. Entonces se pone en duda todo lo válido hasta el momento, porque la naturalidad ingenua del existir histórico, se complica luego convirtiéndose en un ser truncado y reflexivo. Estos cambios del sentido de la existencia histórica de una nación y de su misión en el mundo, son las grandes revoluciones. Largo tiempo preparadas con escepticismo en épocas de ilustración se convierten —con el consabido espanto de quienes las presencian— en explosiones violentas, recorren muchos estadios de avances y retrocesos, se retardan y cobran nuevo impulso, se manifiestan en forma de entusiasmo por la libertad, anarquía, deseos de mejoras sociales en el mundo y dictadura, en sucesión cambiante. Pocas veces alcanzan su objetivo al primer impulso, casi siempre el más violento. A notables y al parecer definitivos paros e incluso retrocesos, siguen nuevas olas en el curso de los estadios de la revolución. Por ello, las épocas de revolución son a menudo muy largas; en Roma de un siglo entero, en Inglaterra de unos 50 años. También en Francia, el país clásico de la "gran revolución", se necesitó casi un siglo para que el período revolucionario disminuyera y para que, desde finales del siglo XIX quedase sustituido al parecer definitivamente por aquella situación de tranquilidad que después ha hecho, que los logros de la Revolución Francesa produjeran la forma de vida —mientras tanto ya conservadora— de la democracia parlamentaria que hoy, no sólo en Francia, sino en todos los pueblos del Occidente libre, se ha con-